

LOS PEWMA TAMBIÉN SE EQUIVOCAN

Tuvo que ser la costumbre. Ese vicio que llevamos a cuestas, al igual que un nombre o el recuerdo de una tarde de lluvia. Comenzó despacio, tan despacio que nada amenazaba con torcer el rumbo del camino aprendido desde la infancia.

La tía necesitaba estar en movimiento durante todo el día: por la mañana el almuerzo, el lavado, el aseo de las piezas y el agua para las aves. En la tarde se repetían con estricta religiosidad el planchado, la masa para el pan y el cuidado de la huerta, fijarse en donde faltaba abono o sobraba agua, recorrer con las manos la estatura porfiada del cilantro y rendirse cautiva al aroma del chascú.

Del marido ni qué decir, siempre tan bueno, correcto y cumplidor que nadie, mucho menos ella, se atrevería a pronunciar una queja sobre aquel personaje demasiado perfecto para ser real y que también había aprendido de memoria el camino de la vida para así evitar cualquier sendero que le ensuciara los zapatos recién lustrados. Los hijos, cada quien por su lado y la tía sin poder explicar el extraño temblor que le provocaban las risas de aquellos y aquellas que buscaban a su modo un atajo distinto por donde hacer y caminar sus vidas.

La tía insistía en la importancia de que las mujeres supieran ocupar con dignidad su lugar en el cuadrado espacio de una cocina. Ella siempre sabía cuánto tiempo requerían las lentejas para quedar blanditas como le gustaba a los hombres de su familia y prefería cansarse demás con tal de que el pino para las empanadas no se pasara de cocción y la cebolla resultara invicta en el difícil arte de conquistar paladares.

Muchas veces la invité a que compartiera conmigo recuerdos sobre sus primeras alegrías, sus antiguos temores y esos sueños que la hacían retroceder a esas tardes infantiles en el estero, escuchando el agua correr mientras con su peine liberaba a su cabellera de cualquier pensamiento extraño germinado en la escuela.

Una tarde mientras la tía preparaba la masa para el pan, me atreví a indagar un poco más de su pasado misterioso y al cabo de algunas horas, recibí el regalo de su confianza que levantó los puentes levadizos que separaban nuestras mutuas soledades.

Sucedió al anochecer, a la hora en que las luciérnagas inician su danza febril, la tía se sentó a descansar en la huerta a contemplar el parto lento de las estrellas. Fue entonces que irrumpió victoriosa la nostalgia de otra noche tan llena de estrellas como aquella que estábamos compartiendo... recordó esos ojos alegres que prometían esperanzados un futuro común para los dos, un futuro llamado Valdivia, lejos de todo y de todos, y a la vez tan cercano de una libertad pocas veces acariciada. Me confidenció que de tanta alegría en el pecho había corrido al granero a buscar la vieja maleta en donde preparó su equipaje. Esa noche había soñado con trenes parecidos a los que a diario llegaban a Carahue. Un detalle le había llamado la atención, en el sueño se veía sola, sin embargo, me dijo que había desechado los malos pensamientos de su cabeza y que se había dicho para sí misma que también los “antiguos” de su familia podían equivocarse con las interpretaciones de los pewma, cada vez que los compartían en las noches alrededor del fuego.

Nunca supo la tía en qué atajo del camino se quedaron enredados el hombre y su promesa, por eso es que jamás volvió a pasar por aquel descanso en la loma en donde lo esperó por más de dos horas antes de asumir que él no vendría y que la había dejado sola con su sueño, el humilde vestido y esa sonrisa triste que no se marcharía jamás de su rostro. Desde ese momento la tía aprendió a comportarse como lo haría el resto de su vida, decidió que de todas maneras se iría, secó sus lágrimas y buscó el albergue de unos aromos en flor para refugiarse de la lluvia de agosto, aprovechando de comer gran parte del roquin que había preparado para el viaje.

Camino del paradero tuvo que apurarse para alcanzar la micro de las seis. Imagino lo mucho que le habrá costado rehuir las miradas de las y los curiosos que insistían en los consabidos temas que tanto la aburrían: “a quién le estaba yendo bien en Santiago”, “qué niña soltera había quedado embarazada” “qué (antiguo) resistía los achaques a pesar de sus años”, no en vano se decía que estaban hechos de madera de “pellín”.

La tía prefirió mirar el paisaje y llevarse dentro suyo cada árbol, cada piedra, cada flor que asomaba por donde quiera posara su vista. Quería mirar con los ojos bien abiertos para que el día de mañana nadie pudiera reprocharle que había sido una ingrata con aquella tierra que no sólo le había regalado un pasado, sino también un presente que le recordaría siempre desde donde había partido.

Me contó que aprovechó la confusión que desató en la llegada de la micro, ya que los pasajeros, en medio de sacos de papas, canastos de verdura recién arrancada y trigo para la molienda no tuvieron tiempo para reparar en ella y su vieja maleta que en silencio ocuparon un asiento al lado de la ventana. Cuando la micro se puso en marcha se volvió para mirar el camino de tierra roja que conducía hacia su casa en donde seguramente su madre lloraba desconsolada al no entender su decisión, “si ni siquiera estaba embarazada para querer huir ¿qué pasaría cuando llegase el tiempo de la cosecha y se necesitara de sus manos fuertes?, el resto de los hijos ya se habían marchado a vivir al pueblo o la capital, pero de ellos nadie hablaría... ellos eran hombres”.

A pesar de su voz ahogada por la emoción, la tía continuó con su relato. Recordó que, al mirar las gigantescas hileras de eucaliptus, sintió que parecían decirle adiós con sus ramas. Un sentimiento desconocido la embargó en el momento en que divisó las luces del pueblo. Recordó que años después, cuando conoció Santiago y su cerro San Cristóbal, pensó que Carahue también pudo haber nacido de un cerro al que fácilmente le habían crecido escaleras que lo rodeaban cual brazos que iban a dar al río Cautín para que así cada quien supiera donde ir para llorar esas penas

Que todos y todas necesitamos despedir en la más absoluta soledad.

En este momento mi tía y yo nos encontramos haciendo el viaje de vuelta. Intentando descubrir qué parte de ella aún permanece en Catripulli y qué parte mía se esconde en alguna montaña, donde en vez de dar frutos los digueños, florece la nostalgia de un hombre que todavía hoy se esfuerza en descifrar el misterio de un rastro camino del paradero, rastro que ya el tiempo se encargó de enterrar.

Chascú: Es un tipo de tomillo ampliamente utilizado en la comida mapuche.

Pewma: De acuerdo a la cosmovisión mapuche, un pewma puede ser revelatorio y un modo de conseguir kimüm a la persona soñadora, por lo general un lonco, ngenpin o machi.

Roquin: Ración de comida, provisión, colación (alimento que se lleva para el viaje o al trabajo, similar al “bento” japonés, Sinónimo: cocaví.

Pellin: Del mapuche “pelliñ” corazón duro de ciertos árboles.

Digueños: Son hongos parasitarios no agresivos endémicos del sur de Chile, representados en el país por siete especies.